GUERREROS MEDIEVALES

Francia y la época caballeresca, 1100-1300

El sire de Montfort (h. 1215)



MWE021

ediciones delPrado

OSPREY PUBLISHING

FRANCIA Y LA ÉPOCA CABALLERESCA, 1100-1300

Los reyes capetos que reinaron en Francia entre 987 y 1328 vieron cómo su país era líder en casi todos los aspectos de la civilización occidental. A pesar de tener un lento despegue en comparación con vecinos como Inglaterra, en el siglo XIII el reino de Francia llegó a convertirse en el estado más poderoso de Europa occidental, gracias al trabajo de una serie de reyes franceses. Primeramente, Luis VI "el Gordo" (r. 1108-37) y Luis VII (r. 1137-80) no sólo lograron extender sus dominios sino que también centralizaron su poder dinástico en Île-de-France; después, Felipe II Augusto (r. 1180-1223) ganó tierras a los ingleses y redujo enormemente el territorio angevino en el suroeste de Francia.

LA ÉPOCA CABALLERESCA

Según la opinión de la mayoría de los occidentales, los franceses (término con el cual se referían normalmente a las élites caballerescas de las regiones situadas al norte del río Loira) eran mucho más diestros (poseían mayor habilidad militar, coraje y fuerza física) que cualquier otro grupo militar, y los únicos que podían rivalizar con ellos eran los muy admirados turcos, quienes, por otra parte, eran "infieles" musulmanes.

La Iglesia aún se esforzaba denodadamente por controlar los impulsos guerreros de la nobleza francesa pero, a finales del siglo XII, aceptó la glorificación del "caballero cristiano". El concepto de caballería como ideal que combina el coraje con la humildad, la destreza con la gentileza y el respeto por las damas tuvo que esperar hasta el siglo XIII.

En cambio, el sur francés desempeñó un papel distinto en la historia militar de la Francia medieval, especialmente en el desarrollo del ideal caballeresco. En este aspecto, los trovadores, que cantaban en la lengua occitana del sur de Francia, se vieron influidos por la poesía y los ideales poéticos de la España árabe, y ellos, a su vez, enseñaron a los trovadores del norte de Francia. Además de cantar al heroísmo y la guerra, los trovadores del sur también ensalzaron el amor cortés como la manera en que un caballero debía tratar a sus damas, y a las de los demás. Las propias damas fomentaron este nuevo ideal y, aunque sorprenda, también lo hizo la Iglesia, que vio en ello otra forma de contener las tendencias suicidas de la élite militar. Realmente, el *fin amour* o amor romántico fue una invención medieval que tenía sus raíces en ideas árabes, a diferencia de la "locura divina" de los antiguos griegos o el "placentero apetito" de los romanos. El amor cortés del sur y la destreza guerrera del norte acabaron por unirse en el concepto global del caballero gentil, que se convirtió en el ideal aristocrático básico del final de la Edad Media en toda Europa occidental.

Los esfuerzos de la Iglesia por amansar a los *milites*, o caballería francesa de élite de los siglos XI y XII, no

Matriz con el sello de Raymond de Mondragon, siglo XII. Aquí puede verse a un caballero recibiendo la bendición de la Iglesia. Lleva una cota de malla y calzas de malla en las piernas. (Bibliotheque Nationale, Cabinet des Medailles, París).





"Hombre con armadura tocando la viola", *Biblia atlántica*, sur de Francia, finales del siglo XI. (Biblioteca Laurenziana, Florencia).

obtuvieron fruto. Al contrario, entre los cada vez más poderosos caballeros se impuso un afán de dominación inspirado en los ideales religiosos de servicio al prójimo. Además, en el siglo XII, las grandes familias nobles del norte de Francia abandonaron las ciudades donde habían vivido durante los siglos VII-IX, pues preferían la seguridad de los castillos que ahora poblaban el paisaje. Ahora que la Iglesia había aceptado e incluso glorificado el papel del caballero en la sociedad, esta función fue convirtiendo poco a poco, al antes humilde *milites* o caballero con armadura, en un miembro menor de la aristocracia. El mundo que ahora habitaba también se había fragmentado en pequeños señoríos agrupados en torno a los castillos locales.

Los *milites* no se convirtieron en una casta guerrera cerrada hasta finales del siglo XII, y, entonces, su orgullo y su sentido de exclusividad hicieron que a los grandes señores y a los reyes les resultara cada vez más difícil hacer nuevos caballeros. En la cima estaban los caballeros abanderados, luego los que poseían un feudo, los caballeros alistados o *chevaliers engagé* y, por último, los escuderos.

El caballero y su forma de vida

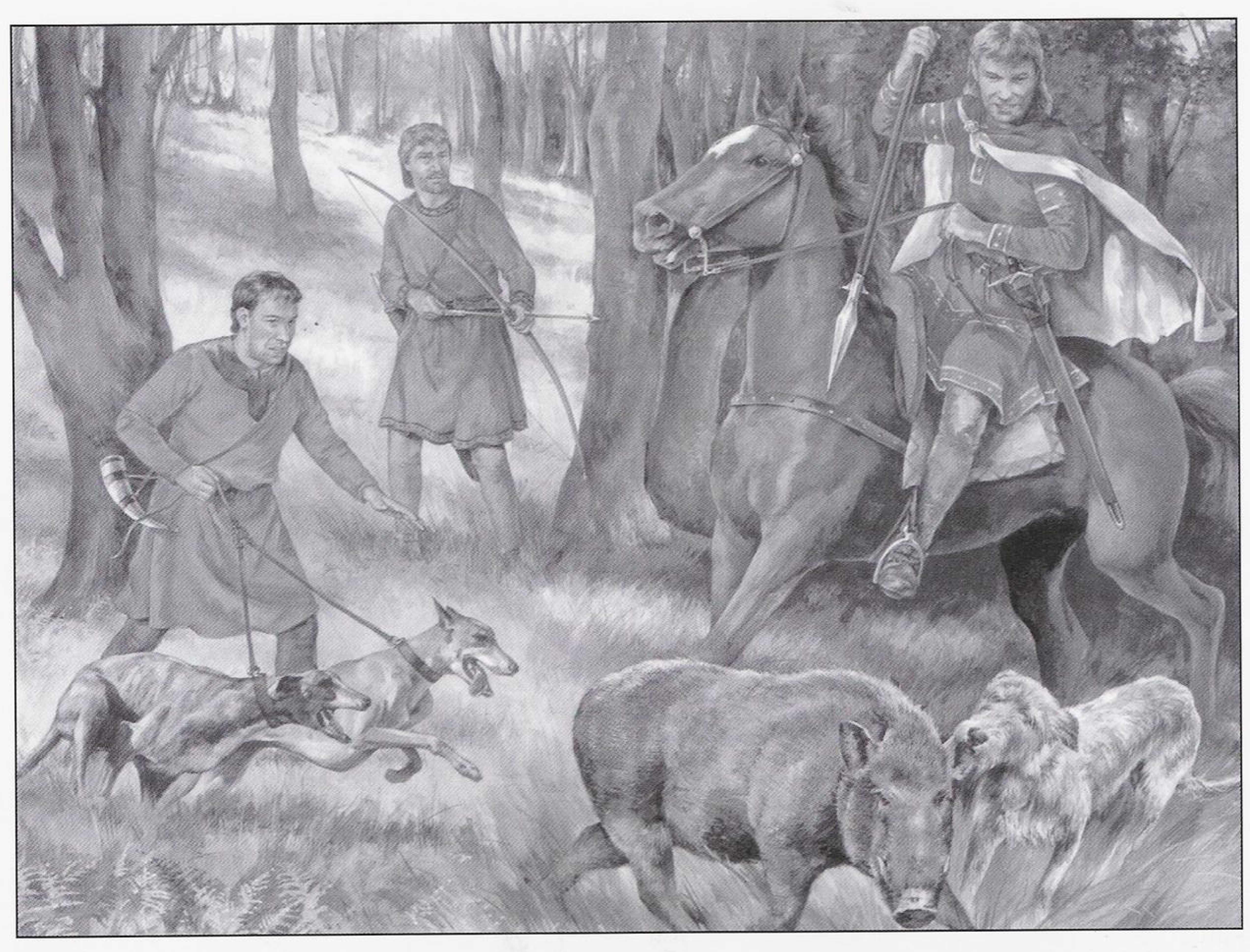
Los miembros de la élite militar tenían un entrenamiento muy similar y su educación comenzaba a los cinco años. Se decía, quizá de manera un tanto idealizada, que era como "levantarse temprano de un lecho de pieles de zorro bajo una estatua de san Cristóbal" [*NdT* San Cristóbal es patrón de los caminantes y fue muy venerado en la Edad Media como auxiliador de la humanidad]. El niño ayudaba a su padre, aprendía a jugar al ajedrez, a montar a caballo y también recibía enseñanza religiosa. A los siete años se le separaba de la madre para convertirse en paje, y continuaba con la práctica de la equitación, la caza y aprendía a usar la espada, la lanza y otras armas. La caza y la cetrería podían resultar peligrosas, pero también le proporcionaban al muchacho sus primeras lecciones en técnicas de campaña y tácticas militares. A los 12 era enviado a completar su educación en la casa de un gran señor, donde la vida podía resultar muy dura. Dos años después empezaba a cuidar de los perros, y a los 20 ya podía ser un cazador perfectamente entrenado. Además, también aprendía buenos modales, a ser limpio, a cantar y a tocar música.

Para convertirse en escudero, el joven tenía que asistir a una ceremonia eclesiástica en la que el sacerdote le daba una espada con su vaina y un cinturón. Al nuevo escudero también se le alentaba a pelear, viajar y aprender sobre el mundo. La investidura como caballero era una ocasión más solemne. Aunque algunas veces se realizaba apresuradamente antes de una batalla, cuando el jefe militar necesitaba más hombres, en la ceremonia de investidura completa propia del siglo XIII, el escudero aspirante a caballero, vestido con una simple camisa blanca y unos calzones, debía pasar una noche de vigilia en solitario en una iglesia antes de la ceremonia.

Aunque algunos caballeros aprendían a leer, incluso en el siglo XII el entrenamiento del *jeune* o joven guerrero se limitaba a lo militar y se llevaba a cabo dentro de un grupo de *amis* o compañeros que



Ceremonia de investidura de un caballero, principios del siglo XIV. (1) Barón francés con un sombrero chaperón y un abrigo de manga ancha sobre la túnica; (2) joven escudero con una túnica corta y armado con una espada concebida para penetrar una armadura; (3) caballero, con una forma temprana de bascinete, un barbote con gorjal para proteger el cuello y los hombros, manoplas de hierro, y rodilleras y grebas para las piernas. Va armado con una gran espada y una daga.



La caza formaba parte del entrenamiento de un caballero. Éste, que se distingue de los escuderos por su pelo largo, va a atacar a un jabalí a lomos de su caballo, lo cual exige gran habilidad en el control de su montura y buena puntería.

formaban una *compagnie* o *maisnie* (familia). El manejo de las armas y la realización de maniobras formando un grupo cerrado de caballería armada con lanzas eran dos aspectos básicos. El trabajo en equipo era prioritario, el entrenamiento resultaba peligroso, y la carrera posterior como caballero era aún más arriesgada. Se hacía especial hincapié en mantener las armas en buen estado, siempre limpias y engrasadas. En el siglo XII, a pesar de que la moda era llevar los rizos sueltos, las *chansons* épicas que cantaban los ideales del caballero aconsejaban al guerrero afeitarse y cortarse el pelo antes de la batalla, no sólo para que el yelmo ajustara debidamente sino también como muestra de respeto por el enemigo.

El equipo del caballero o *miles* se había vuelto progresivamente más caro, al igual que el caballo de guerra o *destrier*. Un buen caballo normal podía costar cinco veces más que un toro, y, a finales del siglo XIII, un buen caballo de guerra llegaba a costar siete veces más que un caballo normal. Los que perdían a su caballo en la batalla aún podían considerarse caballeros, pero debían reponerlo lo antes posible.

En el siglo XII, antes del combate, un *miles* completamente equipado empezaba por ponerse las defensas de la pierna, después la camisola acolchada debajo de la cota de malla. Luego se vestía la cota, el cinturón y el yelmo. El caballero sólo cogía el escudo y la lanza una vez montado sobre el caballo. Este equipo se mantuvo básicamente igual hasta finales del siglo XIII, con cambios tan sólo en la forma o el peso. Sin embargo, ya a mediados del siglo XII, la armadura completa era demasiado costosa para la mayor parte de los guerreros franceses que no tenían un origen noble. Por tanto, los sargentos profesionales y ple-

beyos recibían el equipo de los nobles a quienes prestaban servicio. La cantidad y la calidad de las armas y de los caballos también eran muy variables de unos caballeros a otros, lo que delataba el rango y la riqueza de su poseedor. En el siglo XII, la condición iba desde los humildes *milites rustici, milites gregarii* y *milites plebei* hasta los *primi milites* o *strenui milites,* en la cima. Un siglo después, estas diferencias dieron origen a un rígido sistema de clases, desde los escuderos y los jóvenes bachilleres, pasando por los *chevaliers d'un ecu* (caballeros de un escudo) hasta los caballeros abanderados. Los caballeros debían tener, al menos, el equipo correspondiente a su rango, además de un cierto número de caballos y de seguidores. En general, un caballero del siglo XIII debía tener dos compañeros y un caballo de guerra, además de caballos normales, mientras que un caballero abanderado debía tener al menos cinco compañeros y dos buenos caballos de guerra. En este punto, las contiendas no resultaban demasiado peligrosas para un caballero con equipo completo y normalmente se consideraba una locura matar a un enemigo del mismo rango, acto que no sólo anulaba la posibilidad de pedir un rescate sino que, además, daba pie a entablar una lucha a muerte con la familia de la víctima. Incluso matar a un caballo de guerra resultaba un desperdicio.

El servicio feudal

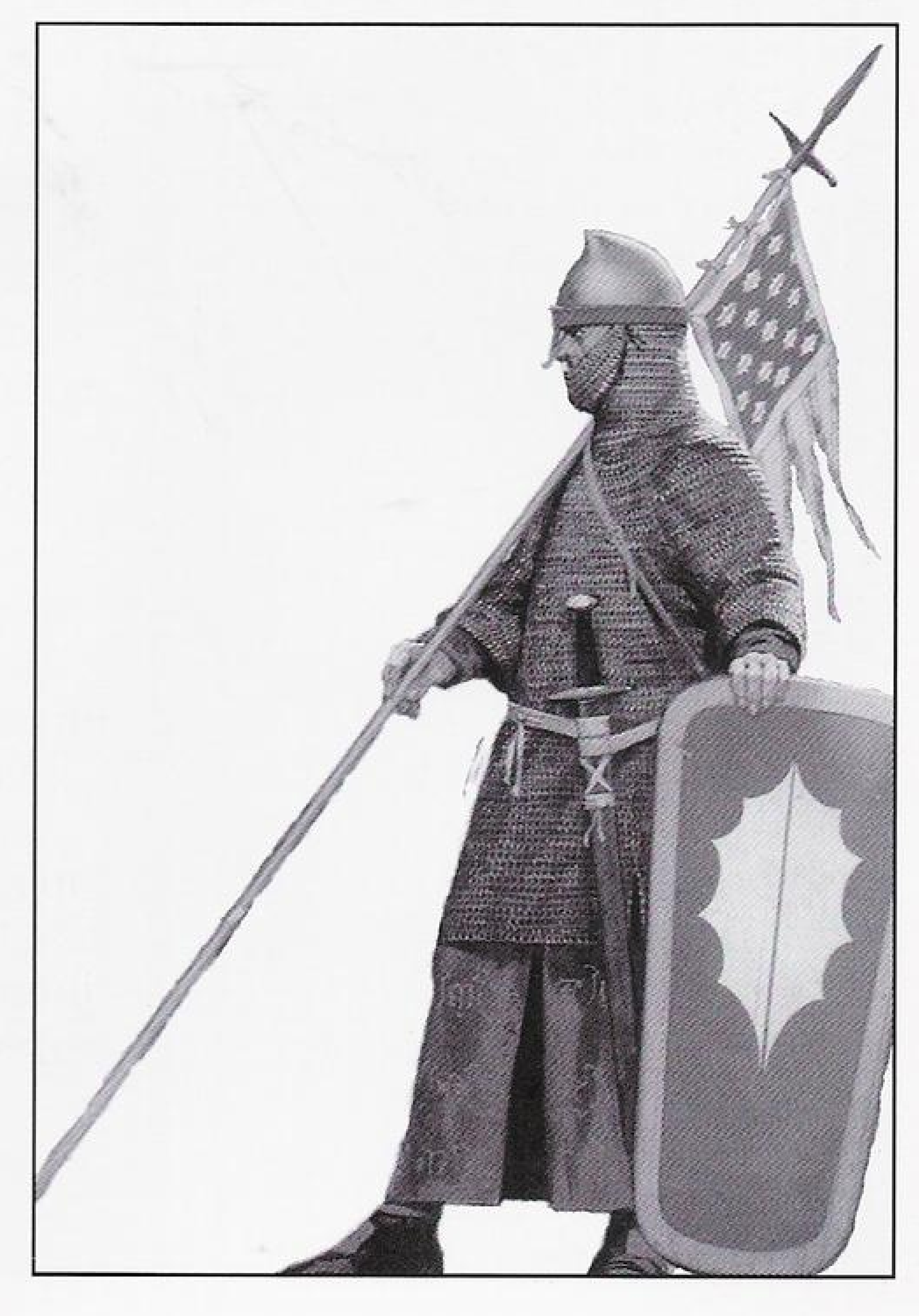
En Francia había que cumplir 40 días de servicio militar feudal al año, un derecho exigido por Luis VI en 1124 cuando se vio amenazado por la alianza entre Enrique I de Inglaterra y Enrique V de Alemania.

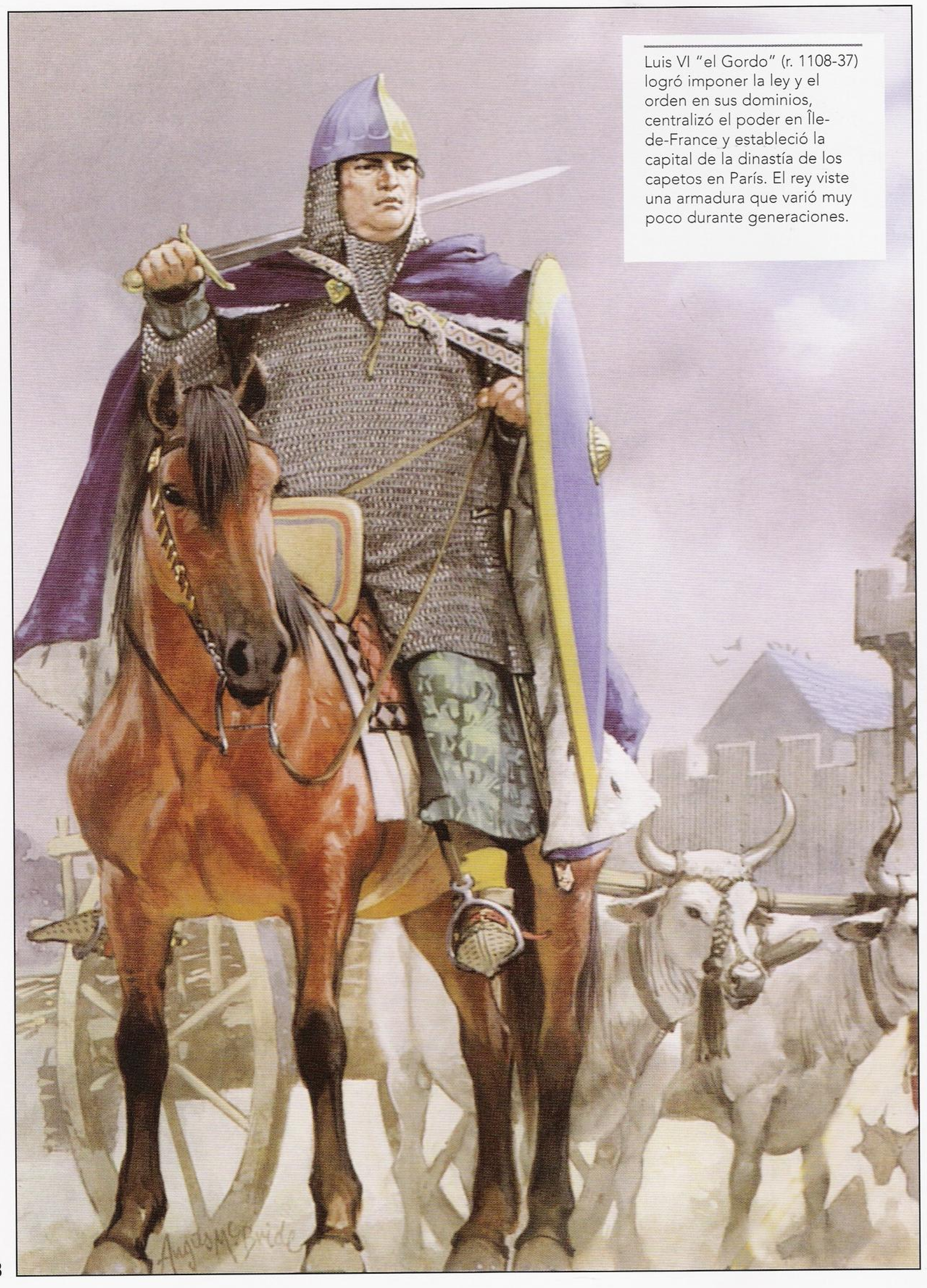
Los jinetes armados debidamente eran los mejores guerreros de los que podía disponer el rey o un ambicioso noble, aunque la idea de que los caballeros dominaron el escenario bélico durante este periodo es completamente equivocada. Cada noble francés, y el rey, que aún era poco más que el primero entre iguales, dependía de las tropas de su propio territorio. El centro de los dominios del rey estaba en París, desde donde convocaba a sus caballeros vasallos, a quienes se sumaban la infantería que reclutaban las ciudades y los oficiales en cada región. Sólo podía solicitar la ayuda directa de los grandes nobles en caso de que Francia fuera invadida por un ejército extranjero. Los vasallos podían ser convocados para diversos tipos de servicio militar, como las *chevauchée* (incursiones a caballo) para defender el territorio de un noble, o el *ost,* fuera de ese territorio. También estaba la *estaige* o la llamada para establecer una guarnición en el castillo de un noble, el centro de su *châtellenie.* Pero a medida que la economía francesa se fue extendiendo y el dinero empezó a circular más libremente en los siglos XII y XIII, el poder de los caballeros sobre sus señores empezó a declinar, pues la nobleza más rica podía ahora pagar a mercenarios para formar sus ejércitos.

La importancia cada vez mayor de los sargentos plebeyos pero profesionales fue un reflejo de estos cambios. Al parecer, muchos reclutas salieron de las familias a las que ya les resultaba demasiado caro mantener la condición de caballeros, y el equipo se lo proporcionaron sus empleadores. Durante el siglo XIII, la proporción de caballeros disminuyó aún más en favor de los escuderos, muchos de los cuales no podían permitirse ser armados caballeros.

Por su parte, los caballeros, ya fueran vasallos o mercenarios a sueldo, necesitaban la ayuda de escuderos, criadores de caballos, armeros y otros. Los mismos escuderos tenían oríge-

Señor de un castillo, mediados del siglo XII. Obsérvese el gran escudo rectangular para combates a pie, el simple casco con un gran nasal y el cinturón para la espada encima de la cota de malla. El diseño del escudo era asignado, tradicionalmente, a los señores de Chalo.

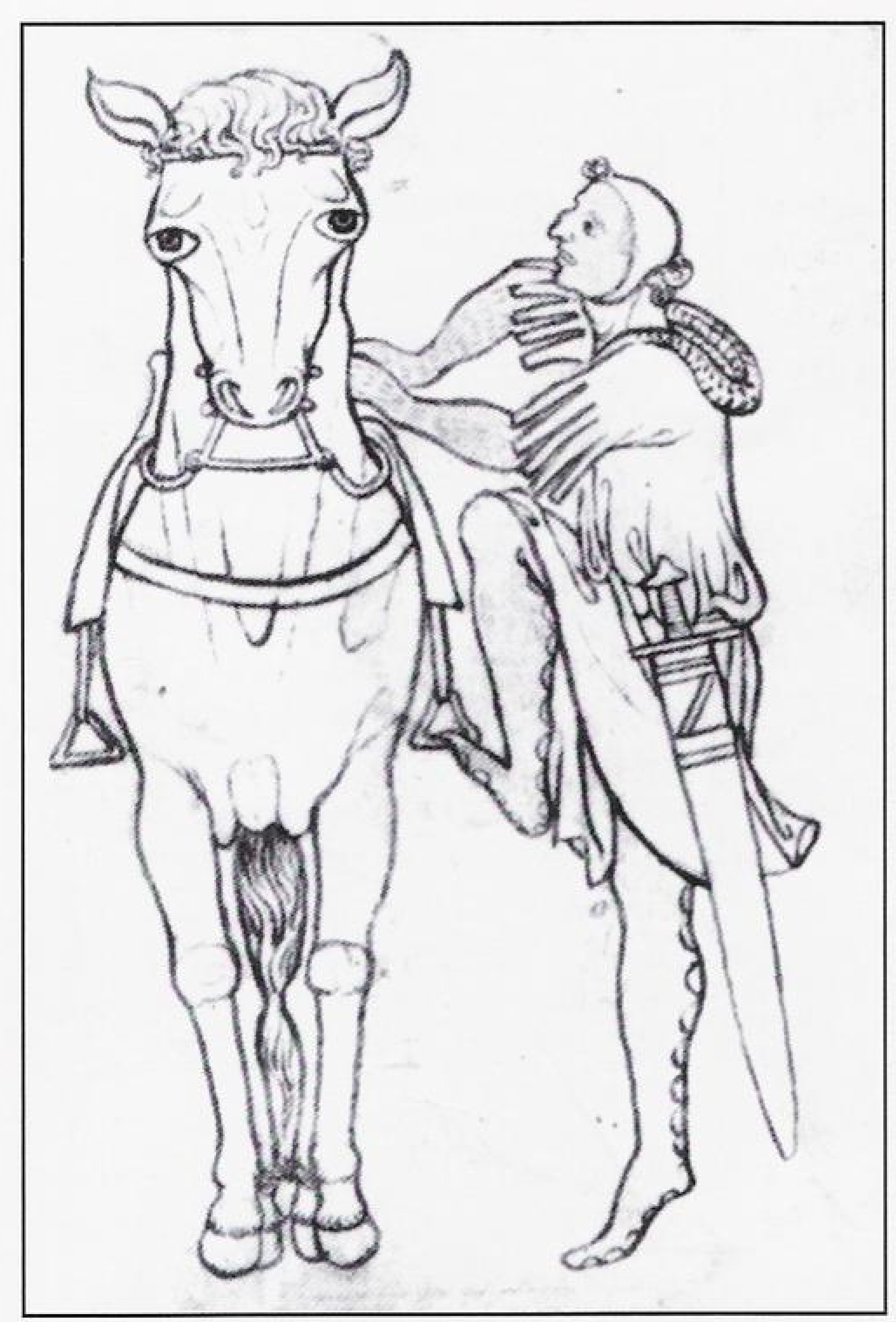




Luis VI "el Gordo" (r. 1108-37) logró imponer la ley y el orden en sus dominios, centralizó el poder en Île-de-France y estableció la capital de la dinastía de los capetos en París. El rey viste una armadura que varió muy poco durante generaciones.



El ejército de Felipe Augusto. (1) El sire de Montfort, h. 1215. (Simon de Montfort el Viejo, 1160-1218). El señor de Montfort lleva las armas y armadura más modernas, incluida una cofia acolchada debajo del almófar para sostener el yelmo de máscara fija. Lleva una cota de malla con manoplas debajo de una túnica parcialmente acolchada, y las piernas van protegidas por calzas de malla. La gualdrapa de su caballo incorpora una pieza acolchada. Al fondo, un guerrero brabanzón (2) se pone la armadura con la ayuda de su escudero (3). Encima del gambesón acolchado va a ponerse la cota de malla, y el borde acolchado de la cofia sirve para sostener una primitiva forma de un gran yelmo, que aquí aparece sobre un arcón junto a la espada y el escudo.



"Caballero montando sobre su caballo", del *Album de Villard de Honnecourt*, mediados del siglo XIII, Francia. El almófar echado hacia atrás deja ver la cofia de lino que lleva. La cota de malla tiene manoplas, pero las calzas son de estilo antiguo y dejan expuesta la parte posterior de las piernas. (Bibliotheque Nationale, París).

nes muy variados. En el siglo XI, un *miles* tenía un sirviente o *armiger* que cuidaba de su equipo. A pesar de ir a caballo, este *armiger* no llevaba armadura. En el siglo XIII aún había *armigeri* bien pagados y con equipo completo. De menor rango que los caballeros, a menudo se les equiparaba con los escuderos. Otro término confuso era el de *bacheler*. Se le consideraba un guerrero joven, aún sin la tutela de un caballero, o una primera versión de escudero. Sin embargo, la palabra *bacheler* simplemente describía el entusiasmo juvenil del joven guerrero, no su condición.

Los escuderos aparecieron a principios del siglo XII como guerreros plebeyos que combatían al lado de sargentos, a menudo en guerras de asedio, o hacían incursiones en busca de provisiones o robaban a los muertos. En el siglo XII, el escudero del norte de Francia servía a un caballero, levantaba su tienda, cuidaba de su caballo, recogía leña y agua. En marcha, iba en su montura por detrás del caballero, portando su lanza y escudo y llevando a su caballo de guerra. En combate, el escudero se ocupaba del caballo de paseo de su señor y se retiraba una cierta distancia. Un caballero rico podía tener un segundo escudero que participaba en la batalla, marchando detrás de él, conduciendo un caballo de refresco. Sólo en caso de emergencia, a los escuderos se les proporcionaba un equipo completo y se les enviaba a combatir.

El dominio del campo de batalla por parte del caballero ha sido ampliamente exagerado. No obstante, su importancia militar estaba asegurada mientras no aparecieran nuevas armas y tácticas que lo desplazaran de su puesto. Incluso el fracaso de la caballería pesada de Europa occidental durante las cruzadas y el desarrollo de las ballestas no consiguieron minar el prestigio del caballero hasta pasados varios siglos. Además, la amenaza que representaban los arqueros a caballo y los ballesteros reforzó el rechazo a todas las formas de armas arrojadizas en la Europa occidental de los siglos XII y XIII, sobre todo en Francia. Este sentimiento también se extendió a las jabalinas, las piedras y la artillería de asedio. El rechazo del tiro con arco no era una rareza de la mentalidad feudal francesa sino un intento de suprimir las armas que amenazaban el orden militar existente.

Desde finales del siglo X, un considerable número de mercenarios había combatido en los ejércitos franceses, y en el siglo XI, el término "soldado" o "guerrero a sueldo" se había hecho habitual. El uso de dichas tropas dentro del reino fue aumentando progresivamente gracias a que la Corona aceptaba pagos en lugar del servicio militar feudal. De acuerdo con los documentos de las cuentas reales más antiguos que se conservan, de 1202-03, durante el reinado de Felipe II Augusto, una ciudad pagaba tres libras en lugar de enviar un guerrero completamente equipado, mientras que un mercenario ganaba siete *sous* al día. Felipe Augusto sólo quiso mantener milicias activas en las fronteras de sus dominios.

Afortunadamente, Île-de-France, en el corazón del reino, era una de las regiones más ricas del país y podía costear las guerras del rey a medida que fue extendiendo su autoridad. Los mercenarios reales constituían un ejército que estaba siempre disponible, aunque eran un poco rudos, y entre ellos se incluían muchos hábiles especialistas. Pero la mayoría procedían de fuera del reino, del ducado imperial de Brabante, de Hainault, de las regiones del oeste de Alemania y de Navarra, al sur. Otros venían del condado de Flandes, que, aunque pertenecía al reino francés, estaba culturalmente más cerca

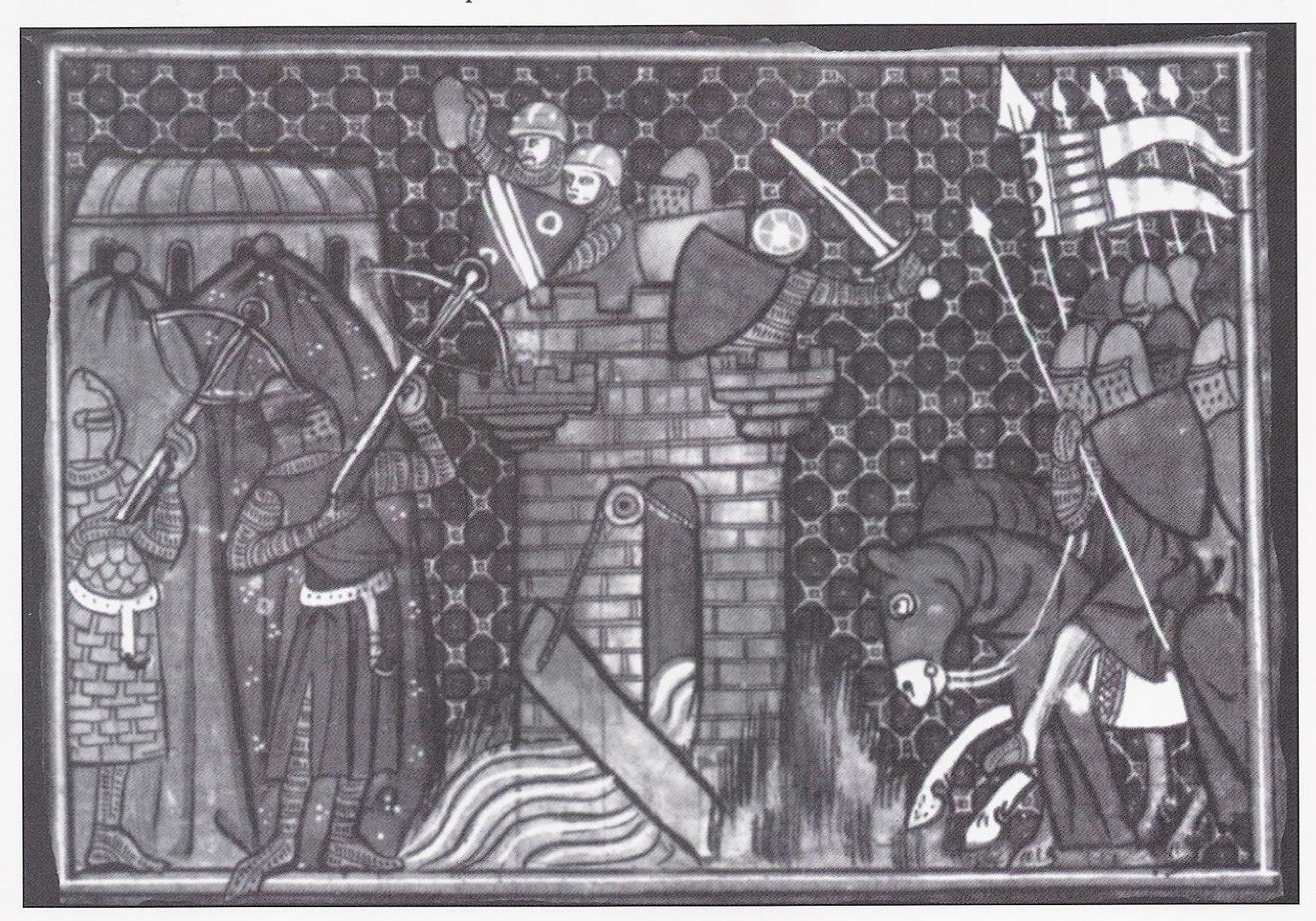
de otras zonas de la actual Bélgica. Con estas fuerzas, Felipe Augusto podía establecer sitios más largos que con el servicio normal de 40 días de un vasallo feudal.

Los ejércitos franceses de principios del siglo XIII se caracterizaron por un grado de especialización creciente, ya que entre los mercenarios a sueldo se incluían caballeros con armadura, sargentos a caballo, arqueros montados, que en realidad combatían a pie, y otros soldados de infantería. Algunos se alistaban con contratos asombrosamente largos. A diferencia de otros mercenarios, los caballeros a sueldo normalmente tenían su propio equipo y sus caballos de guerra. También se abrió una enorme brecha social entre los caballeros con tierras y los mercenarios que no poseían ninguna. Sin embargo, un jefe mercenario capaz podía ascender bajo la protección del rey; de hecho, algunos llegaron a ser *castellanos* de un castillo o *baillis* (juez ordinario) de las provincias reales. Estos *baillis* tuvieron una función muy importante bajo el reinado de Felipe Augusto, y, de entre ellos, algunos habían sido caballeros pobres mientras que otros eran hijos de mercaderes o gente corriente.

Los sargentos mercenarios, tanto de la caballería como de la infantería, resultaban más baratos que los caballeros, aunque los sargentos a caballo recibían cuatro veces más dinero que el *marescallus equorum* (capataz de los caballos) responsable de los escuderos. Los sargentos de infantería ganaban un poco más que un condestable a cargo de una milicia. De entre los sargentos de la caballería también salió la guardia a caballo de Felipe Augusto que, armada con mazas, participó en la batalla de Bouvines en 1214.

Entre los primeros ejércitos de infantería mercenarios estaban los brabanzones, muchos de los cuales procedían del condado de Bra-

Un ejército asediando un castillo, de un manuscrito de principios del siglo XIV. Los jinetes de la derecha llevan el último modelo de yelmos cónicos, y uno se cubre las piernas con grebas de placas. El ballestero de la izquierda lleva una extravagante coraza de escamas sobre la cota de malla. Los dos ballesteros llevan un gancho para cargar colgados de los cinturones. (Biblioteque Royale, Brussels).



bante, en la actual Bélgica. Se ganaron una gran reputación entre mediados del siglo XII y principios del XIII en las operaciones de asedio, por su rapidez de marcha y su ferocidad contra los civiles. La mayoría combatía con largas picas, formando una fuerza defensiva en guerra abierta. Algunos llevaban yelmo y cotas de malla, pero la mayoría vestía una armadura de cuero, probablemente gambesones de cuero acolchados. Sin embargo, estos brabanzones fueron perdiendo prestigio en favor de los ballesteros en el siglo XIII. Otros nombres aplicados a la infantería mercenaria del siglo XII y principios del XIII son los *cottereaux* o *coterelli*, quizá en referencia a las túnicas cortas que vestían, y los *triaverdini*, cuyo significado aún no está claro.

Los ballesteros de los ejércitos de Felipe Augusto estaban bien pagados, y los pocos que montaban a caballo aún recibían un mejor pago. Los ballesteros montados fueron ganando importancia en el servicio real francés durante el siglo XIII, mientras que los arqueros montados, a pesar de que todavía se constata su presencia en 1205, no tardaron en desaparecer. Ambos funcionaban como infantería a caballo pero en realidad combatían a pie.

El beneficio obtenido con los botines y los rescates habría podido asegurar el futuro de los mercenarios que sobrevivieron a tan arriesgada ocupación, pero muchos debieron acabar tan pobres como empezaron. Quizá, los "campeones" que luchaban en beneficio de otros en esos "duelos" salieron de las filas de los menos triunfadores. Estos hombres eran considerados bandidos, al mismo nivel que las prostitutas, pero formaron parte del escenario legal durante siglos.

Estrategia y tácticas militares

La estrategia y las tácticas militares no estaban tan desarrolladas en Europa occidental como en los ejércitos bizantinos o islámicos. Sin embargo todavía los grandes generales daban muestra de una gran planificación. En Francia, quizá era más importante una estrategia general que las tácticas en el campo de batalla, pero ello era más un reflejo de las limitaciones en la comunicación y el control que de una falta de visión por parte de los jefes militares. Incluso durante el siglo XIII, éstos solían seguir la tradicional política de evitar las grandes confrontaciones cuyos riesgos eran generalmente mayores que las ventajas. En vez de ello, en las guerras francesas, donde el arte de la fortificación estaba bastante desarrollado, la mayoría de las campañas consistían en incursiones para infligir un daño económico, en acciones de defensa contra otras incursiones, en asedios y en mantener el territorio así conquistado. Hasta hace poco, muchos historiadores militares no habían tenido en cuenta estos aspectos de la historia militar, pues consideraban las batallas como "puntos de inflexión" en la historia. Conscientemente o no, la mayoría de los generales medievales seguían el consejo del aún respetado último teórico romano Vegatius sobre la guerra: no participar en ella.

Para el invasor eran esenciales unas buenas vías de comunicación, al igual que las hordas de civiles que mantenían a las tropas aprovisionadas. Los mayores temores eran la enfermedad y los intentos del enemigo por cortar las comunicaciones. Por su parte, los defensores bloqueaban los caminos, destruían puentes, atacaban a los invasores cuando se dispersaban aún más en busca de comida, e intentaban cortar su retirada. Ambos bandos necesitaban información sobre la lealtad de las ciudades del enemigo. Los franceses, por ejemplo, estaban al tanto de las disensiones dentro de los territorios de soberanía inglesa dentro de Francia, e hicieron uso de ello en varias conquistas exitosas. Felipe Augusto entendió perfectamente la importan-



El sitio de Château-Gaillard, 1203-04. El castillo de Gaillard, construido por Ricardo I Corazón de León, se yergue sobre un afloramiento rocoso en un recodo del río Sena. En 1200 estaba bajo la soberanía inglesa, y era uno de los objetivos de Felipe Augusto. En 1203, Felipe puso sitio al castillo, que mantuvo durante un crudo invierno, y en la primavera de 1204 lo atacó, utilizando torres de asedio, catapultas y manteletes. Finalmente, los defensores se rindieron, Felipe Augusto se lo arrebató al rey Juan de Inglaterra y Normandía pasó a manos francesas.

cia estratégica del río Sena, que discurría desde París hasta la Normandía inglesa, y puso gran empeño en intentar recuperar este territorio para la corona francesa.

Estas campañas dependían más de las tropas que combatían por el botín y las ganancias que de los caballeros de élite que peleaban para cumplir con su obligación feudal o ganar prestigio personal. La fuerza creciente de las fortificaciones medievales también supuso que, durante todo el siglo XIII, los enfrentamientos bélicos se limitaran a incursiones realizadas por pequeñas fuerzas que carecían de armas de asedio. De igual modo, también se planeaba concienzudamente la estrategia defensiva. Los castillos medievales más grandes se situaron como base para un ataque, mientras que otras fortificaciones sirvieron como refugio para una fuerza derrotada y como bases desde las que atacar las líneas de abastecimiento del invasor. De hecho, el siglo XIII vio cómo se multiplicaban los castillos en Francia, sobre todo en la región de Gasconia, aún de soberanía inglesa y bajo una clara amenaza de los reyes franceses.

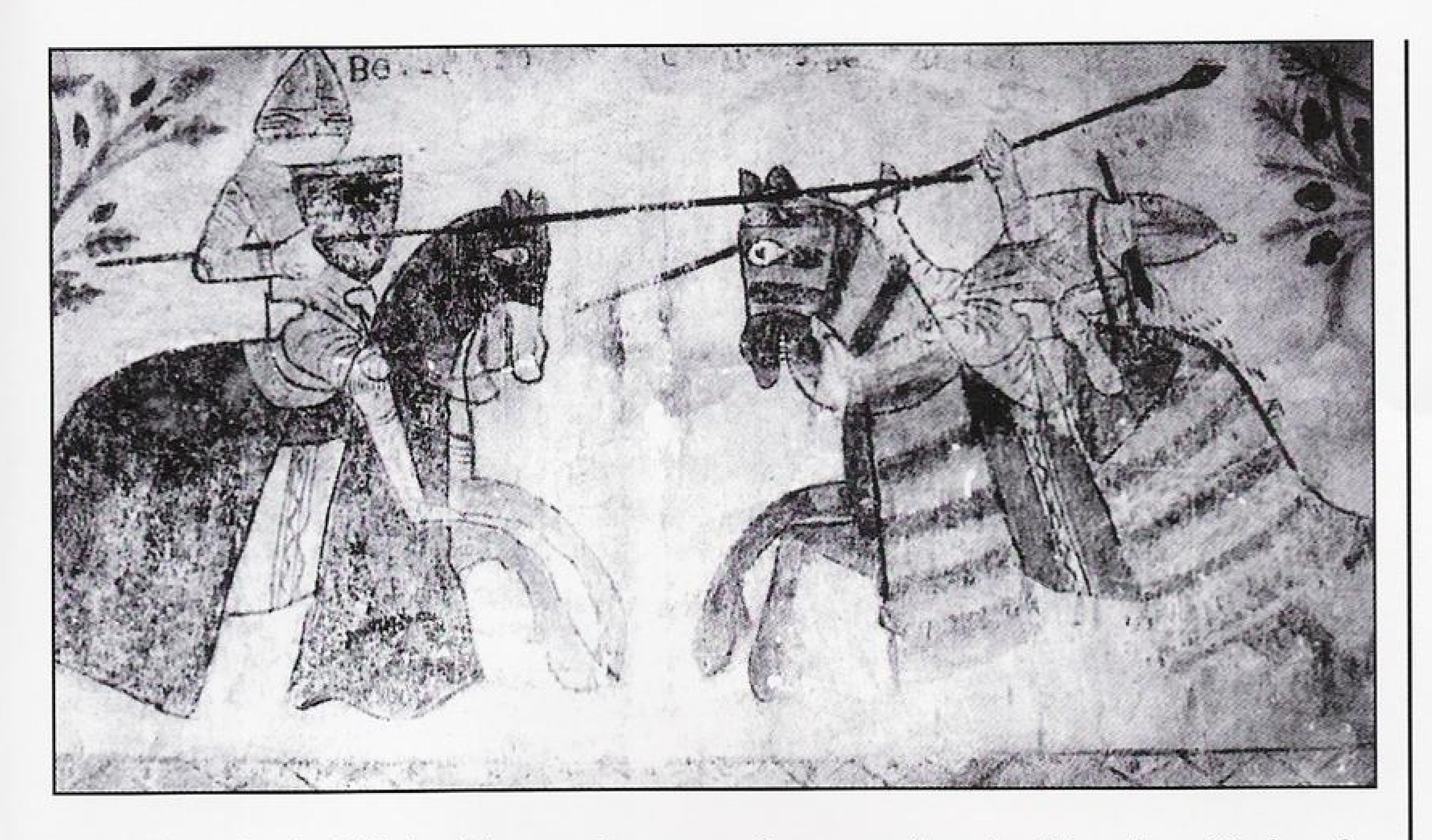
La batalla de Bouvines, 27 de julio de 1214

Por supuesto, durante este periodo en Francia se entablaron batallas a gran escala, y los antecedentes de la batalla de Bouvines ilustran la compleja situación política y militar del país.

Aprovechando la debilidad del rey inglés Juan, el rey francés Felipe Augusto, había conquistado Normandía en 1204, a la que siguieron Anjou y Poitou. Ante la pérdida de la mayoría de sus territorios franceses, el rey Juan buscó vengarse y formó una alianza con el em-

"Los israelitas derrotan a los moabitas", de la *Biblia Maciejowski*, París, h. 1250. La ilustración da una vívida idea de cómo era la guerra en el siglo XIII. Ambos bandos van armados de forma parecida. Destaca el uso de la daga por parte de uno de los jinetes, el hacha del soldado a pie y los gambesones acolchados con enormes cuellos de los dos soldados de infantería. (Pierpont Morgan Library, Nueva York).





Dos caballeros batiéndose en duelo, fresco de finales del siglo XIII. La pintura muestra un nuevo estilo de gran yelmo cónico, además de las pequeñas placas de metal para proteger las rodillas y los codos. (*In situ*, Tour Ferrande, Pernes-les-Fontaines).

perador Otón IV de Alemania y con los condes de Flandes, Holanda y Boulogne. Esperaban dividir las fuerzas del rey francés atacando desde dos puntos: Aquitania, en el suroeste, y Flandes, en el norte. La batalla tuvo lugar cerca de Bouvines, en Flandes.

El primer asalto fue un desastre, en el que el propio Juan fue capturado por el hijo de Felipe Augusto, Luis, en La-Roche-aux-Moines, cerca del río Loira, el 2 de julio. Por su parte, el rey francés asumió personalmente el mando del ejército para hacer frente a la amenaza del norte, y derrotó a una coalición de fuerzas enemigas en Bouvines, entre Tournai y Lille, el 27 de julio.

Los aliados invasores eran numéricamente superiores y confiaban en poder cortar la retirada precipitada de los franceses por el río Marque, cerca de Bouvines. A veces, esta batalla se considera como la típica confrontación medieval entre iguales, en la que cada bando se lanza a la batalla con la misma falta de planteamiento táctico. En realidad, tanto el rey Felipe Augusto como el emperador Otón pusieron especial cuidado en sus disposiciones iniciales, y, por supuesto, ambos tomaron el mando de sus respectivos núcleos. Ponthieu, Dreux y otros se situaron en el ala izquierda francesa, mientras que Champaña y Burgundia lo hicieron a la derecha. El conde de Flandes sostuvo la izquierda imperial, y Boulogne y los ingleses dirigidos por el conde de Salisbury se situaron en la derecha.

El resultado fueron una serie de choques casi por separado entre unidades relativamente pequeñas en las que se impusieron la mayor cohesión, fuerza moral y capacidad de las élites francesas. Además, la batalla tuvo lugar un caluroso día de verano, por lo que se levantaban tales polvaredas que, en ocasiones, los combatientes no podían verse, lo que contribuyó a aislar aún más cualquier acción. Los flamencos de la izquierda aliada fueron derrotados y el conde, que resultó herido gravemente, fue capturado. En el centro, el rey francés y el emperador alemán cayeron de sus monturas en una serie de encontronazos, pero a ambos les salvó el coraje de sus respectivas guardias personales. En el bando imperial, el duque de Brabante, sospechoso de traición, huyó del campo de batalla. El pánico se apoderó del contingente inglés del ala derecha y fueron derrotados, y su comandante, el conde de Salisbury, cayó prisionero.

Los ecos de la victoria francesa se extendieron por toda Europa. Otón se retiró a Valenciennes y no tardó en perder el trono alemán, mientras que el rey Juan tuvo que abandonar toda esperanza de recuperar sus territorios franceses. Un año después, sus barones se rebelaron y lo obligaron a firmar la Carta Magna.